

Dos opiniones sobre *La muerte de Artemio Cruz*

Ennoblecidas con dibujos especiales
de Carlos FUENTES

I. LA HORA DEL LECTOR

Por José Emilio PACHECO

Toda renovación temática trae consigo una modificación formal. Cuando la novela se desprende de los temas que hasta ayer la nutrieron, tiene que buscar formas y estructuras que le permitan la expresión de una realidad aún más compleja y contradictoria de la que recrearon (o retrataron) para el orbe literario las novelas naturalistas y psicológicas.

Con este cambio técnico, estilístico, llega lo que un joven crítico español, José María Castellet, denomina "la hora del lector"; el momento en que éste tiene que abandonar su pasividad y convertirse, o casi, en el coautor de una novela donde ya nada se le explica, donde ninguna dificultad se le franquea, y para el cabal entendimiento y el goce mismo de la lectura está sólo confiado a sus propios recursos. El desarrollo incesante del arte narrativo ha causado esta situación, verdadera encrucijada de la novelística actual, resumida por Castellet: *progresivo oscurecimiento de la expresión y complejidad narrativa*. Es decir, la novela comparte ahora una característica común a todo el arte moderno — que encuentra un público poco preparado o reacio a él por consideraciones ajenas a lo artístico.

Hace dos meses apareció *La muerte de Artemio Cruz*, tercera novela de Carlos Fuentes. Obra en sí valiosa e importante, no lo es menos por la renovación que significa, por los caminos que abre a la narrativa mexicana. Como, además, el libro manifiesta en todo momento la actitud política que Fuen-

tes ha sostenido en un buen número de artículos, nadie pecaría de inteligente si dijese que tales razones explican el porqué una novela bastante más que considerable como ésta ha tenido, salvando como siempre las excepciones, un recibimiento hostil e incomprensivo por parte de la crítica. (En cambio, en venturosa contradicción con las palabras que encabezan esta nota, los lectores se han interesado y hasta apasionado, en pro o en contra, por *La muerte de Artemio Cruz*.) En México, el *tú no eres yo* parece fundar en su mayoría los juicios que formulamos. Pocos tratan de juzgar, de examinar qué es lo que se propuso un autor y hasta qué punto lo logró. Aprobamos o rechazamos las obras por causas sin relación con el texto a que se hace referencia. Decimos: se aparta de nuestro concepto de la literatura; defiende posiciones ideológicas hostiles a las nuestras; no nos fue fácil leerlo, etcétera. Así, todo libro (o todo cuadro) que pueda sobresalir del nivel común es considerado punto menos que ofensa personal. Como si el arte y la literatura no fueran, para sus creadores y merodeadores, un destino común que hace participar a todos de sus ventajas y sus desventajas, apenas alguien hace algo todo lo discutible que se quiera (pues no se trata de negar la validez del "libre examen") pero con auténtica *calidad* y auténtico *sentido*, tratamos de exterminar cualquier posibilidad de que esa obra sea apreciada: actitud que a la postre se vuelve no contra el pintor X o el novelista Z sino en contra de todos los pintores y los escritores mexicanos.

Creo que en el caso de *Artemio Cruz*, nuevamente, la sorpresa se ha transformado en indignación. Novela densa, compleja, en no pocos pasajes difícil de leer; novela que utiliza todos los registros de las últimas técnicas; novela, en fin, que a mayor abundamiento se arriesga a ser enjuiciada no por sus méritos literarios sino por sus ideas políticas, *La muerte de Artemio Cruz* merece, en todo caso, un intento —por humilde que sea— de comprensión.

En una entrevista con Emmanuel Carballo, Fuentes resumió de este modo la historia que cuenta en *Artemio Cruz*: "Se relatan aquí las doce horas de agonía de este viejo que muere de infarto al mesenterio, mal que los médicos no descubren sino hasta el último momento. En el transcurso de estas doce horas se interpolan los doce días que él considera definitivos en su vida. Hay un tercer elemento, el subconsciente, especie de Virgilio que lo guía por los doce círculos de su infierno, y que es la otra cara de su espejo, la otra mitad de Artemio Cruz: es el *Tú* que habla en futuro. Es el subconsciente que se aferra a un porvenir que el *Yo* —el viejo moribundo— no alcanzará a conocer. El viejo *Yo* es el presente, en tanto el *Él* rescata el pasado de Artemio Cruz. Se trata de un diálogo de espejos entre las tres personas, entre los tres tiempos que forman la vida de este personaje duro y enajenado. En su agonía, Artemio trata de reconquistar, por medio de la memoria, sus doce días definitivos, días que son, en realidad, doce opciones. Su biografía espiritual es más importante que su biografía física. Las negativas, las traiciones, las elecciones, las presiones a las que su espíritu se somete lo empujan al mundo de los objetos, en el cual él es un objeto más. En el tiempo presente de la novela, Artemio es un hombre sin libertad: la ha agotado a fuerza de elegir. Bueno o malo, al lector toca decidirlo."

Dentro de este esquema aparente, la composición de la novela es de suma complejidad. Edificada mediante planos que se oponen o complementan, los fragmentos de intenso lirismo conviven con aquellos estrictamente narrativos: relatos de los pasados días del protagonista, que tienen valor propio y adquieren unidad al encadenarse en la visión total del personaje y de la sociedad en que ha medrado. La tesitura poética (épica y lírica) de numerosas páginas rompe con estruendo los preceptos que guarda la novela tradicional. De allí que exija del lector una atención constante y un esfuerzo por seguir todas las claves que se le dan en medio de la brillante marea de imágenes, de la invasión de ritmos que es la prosa de Fuentes.

Próximo en ocasiones al tono y amplitud de *La región más transparente*, en otros el estilo se serena y encuentra la diafanidad del relato que empleó Fuentes en *Las buenas conciencias*. Tal es el caso del excelente capítulo de Acapulco (11 de septiembre de 1947). En momentos nada escasos el lenguaje desciende a la conciencia del hombre que agoniza, y fragmenta y suspende sus palabras. Al plegarse y al oponerse al tema, la



"La cabeza de Regina se recostó en el hombro de Artemio Cruz"

estructura se corresponde con él: la desintegración. Artemio Cruz o la desintegración. De una vida, de una estirpe de dominados dominadores. Mientras Cruz se destruye, mientras el tiempo lo destruye, la novela construye a la novela, borra y dibuja las edades: la narración se engendra conforme avanza su desarrollo. Por eso, inevitablemente, el conjunto resulta desigual y —dentro de sus propósitos ilimitados— el libro no carece de ciertas limitaciones. No obstante, al hacer un balance, valen más los aciertos, cuenta más que los desmayos el poderío del novelista —manifiesto en plenitud al contarnos la vida revolucionaria de Artemio Cruz o la muerte de su hijo en la guerra de España, para citar tan sólo dos ejemplos.

El lenguaje de esta novela (que participa del coloquial y el literario) es más expresivo que alusivo. Fuentes, por naturaleza, es, como Carpentier, un escritor retórico; pero su retórica —esa palabra que en nuestros días ya adquirió connotación peyorativa— es, casi siempre, una retórica eficaz, una utilización de los vocablos que al combinarse dicen lo que su autor quiere decir.

Toda obra literaria está hecha de tradición y de memoria: mejor dicho, de influencias y de nostalgia. Pero las influencias, que todavía en *La región más transparente* ahogaban a menudo la voz personal del narrador, en *La muerte de Artemio Cruz* están ya incorporadas, asimiladas, personalizadas. Fuentes es dueño de sus recursos y su visión se corresponde con su expresión.

Artemio Cruz, que congrega y simboliza los rasgos de muchos hombres que han "triunfado" en la contemporánea sociedad mexicana, está visto con una mirada que reúne la indignación y la compasión. Es el traidor, el implacable, el que ha llegado adonde llegó gracias a su egoísmo, a su voracidad. Pero es también el hombre que fue capaz de amar y el niño lanzado a un mundo en que —para decirlo con los términos del diálogo mexicano y de esta novela, el que no *chinga* es el *chingado*— y el odio y la ambición se desatan sin contemplaciones. No podemos ser ajenos a nada. *Todos somos culpables o todos somos inocentes.*

La muerte de Artemio Cruz no ha encontrado la crítica —en el más amplio y en el mejor sentido— que merece. Tal vez sea demasiado pronto; quizá nos falte perspectiva para poder juzgarla, para equilibrar, objetivamente, sus aciertos o sus fracasos. No he tratado (por mera incompetencia) de llenar ese vacío. Me limito a señalar su importancia, su peso real en este momento de nuestra literatura.

Nadie puede "defender" un libro. Un libro se defiende o se hunde por sí solo. Y me atrevo a afirmar que *La muerte de Artemio Cruz* prevalecerá contra el silencio, contra la incompreensión que la ha rodeado.

II. UN VIRTUOSISMO GRATUITO

Por Carlos VALDÉS

La muerte de Artemio Cruz es la tercera novela que escribe Carlos Fuentes; la precedieron *La región más transparente* y *Las buenas conciencias*; además, ha publicado dos libros de cuentos: *Los días enmascarados* y *Aura*, que no han conseguido tanto éxito como sus novelas, pero que son lo mejor de su obra.

Una obra literaria no se juzga por lo que pretendió ser, sino por su capacidad efectiva para conmover al lector. A partir de este principio, la más eficaz, aunque la menos ambiciosa de sus novelas, es *Las buenas conciencias*. *La región más transparente* era una promesa, con grandes aciertos; había algunos personajes bien bosquejados, algunos fragmentos muy dignos de elogio; pero la novela en conjunto no ofrecía unidad estilística, y las influencias aún no asimiladas eran muy evidentes.

No creo que signifique un retroceso *La muerte de Artemio Cruz* comparada con *Las buenas conciencias*; en ambas novelas se ven superadas casi totalmente las influencias y se alcanza la unidad de estilo; pero en la primera los objetivos del autor están más lejos de verse realizados.

En sus novelas Carlos Fuentes se ha propuesto relatar de manera realista el ambiente mexicano; en cambio, en sus cuentos casi siempre ha buscado ambientes fantásticos, y por sus cualidades innatas de escritor fantástico, fracasa cuando trata de darnos una versión convincente de la realidad mexicana; esto intentaré demostrarlo haciendo un breve análisis de *La muerte de Artemio Cruz*.

Antes que nada, deseo hacer constar mi admiración ante ciertos aspectos de la última novela de Carlos Fuentes, a pesar de que mi balance de ella resulta desfavorable. Sólo el que ha intentado escribir una novela puede darse cuenta cabal de las dificultades técnicas que ofrece esta empresa; por esto me maravilla la colosal estructura de *La muerte de Artemio Cruz*, la ingeniosa y complicada manera de narrar los sucesos, el gran dominio técnico para hacer volver continuamente hacia el pasado la narración, el constante cambio de planos temporales y espaciales, el caos de palabras en el que conserva la lucidez. ¡Cuánta inteligencia, cuánta paciencia y trabajo!

Uno de los defectos de los escritores mexicanos es que temen ser aburridos, y en todo momento quieren demostrar su inteligencia, venga o no al caso. No es ésta la situación de Carlos Fuentes; el tema elegido (y la agonía de Artemio Cruz que sirve de columna vertebral a la novela) justifica el ritmo rápido



"La forma de hongo del sarakof ocultaba la mitad del rostro de Zagal"



Ludivina: "Los ojos hundidos se entreabrieron con espanto y todas las cáscaras del rostro parecieron pulverizarse"



Catalina: "¿Crees que has encontrado al fin las palabras que nunca te atreviste a pronunciar?"



Artemio Cruz: "Desear que tu deseo y el objeto deseado sean la misma cosa; soñar en el cumplimiento inmediato"

y cortado de la narración, el ágil contrapunto, los diferentes patrones rítmicos; pero, aunque la técnica está bien elegida, el fracaso es evidente: el exceso de retórica le resta emoción a la obra, y la abundancia de imágenes termina por distraernos.

Sí, hay un virtuosismo gratuito que debilita la fuerza de la obra; lo cerebral y lo abstracto se imponen sobre lo emocional.

No repruebo el uso, sino el abuso de ciertos artificios. El autor prodiga las palabras; muchas veces no tienen relación con el progreso de la narración, sino que responden a un fracasado intento de hacer prosa poética. Otras veces las repeticiones que se justificarían como una imitación de la manera caótica de pensar del moribundo Artemio Cruz, se convierten, a fuerza de repetirse, en sonidos vacíos de significado. Por una parte Carlos Fuentes busca y consigue un estilo directo y objetivo, pero se contradice cuando su lenguaje intenta ser lírico y musical; lo que debería haber sido prosa poética resulta un barroquismo verbal asfixiante.

Esa especie de delirio lúcido que es *La muerte de Artemio Cruz** se prolonga a través de páginas y páginas; sin embargo, se continúa la lectura; de cuando en cuando el interés se reanima; hay pasajes brillantes en donde la narración es directa y sencilla; por ejemplo, la aventura de Lilia en Acapulco; la captura de Artemio Cruz por los villistas; el juego mortal de la ruleta rusa, y varios otros pasajes que por la desarticulada estructura de la novela resultan verdaderos cuentos. Aun cuando Carlos Fuentes escribe una novela, demuestra que el cuento es el género en que mejor se desenvuelve. Usando una imagen, afirmaré que este autor es un magnífico pintor de pequeños cuadros, y un dudoso muralista de espacios ilimitados.

Lo que en el cuento fantástico es una virtud, en la novela realista resulta un fracaso. Carlos Fuentes tiende a la sátira y en sus cuentos aparece como ironía deliciosa, como terror poético; en cambio, en sus novelas de pretensiones realistas, la sátira degenera fácilmente en lo grotesco.

El realismo de Carlos Fuentes abunda en lo espectacular, en el efectismo cinematográfico, en lo grotesco, y frecuentemente en lo falso; por ejemplo, los diálogos amorosos entre una soldadera y un revolucionario sólo estarían bien en personajes más cultos; las palabras de Artemio Cruz cuando rapta a una india, nada tienen que ver con la situación; hay ignorantes guerrilleros que sin embargo hablan casi como filósofos, y además están dotados de una gran conciencia histórica. En esta novela se oyen demasiadas notas falsas para que puedan pasar inadvertidas.

Todos los escritores (buenos y malos) tienen influencias;

* Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*. Fondo de Cultura Económica, México, 1962. 316 pp.

lo importante es la manera como las asimilan y, si las trascienden, les sacan provecho. En *La muerte de Artemio Cruz* se advierten dos influencias muy marcadas: Hemingway y Joyce; pero estas influencias se oponen y se contradicen. Hemingway es el campeón del estilo directo, parco, coloquial, emotivo, y enemigo de lo intelectual. A mi juicio, los diálogos de Carlos Fuentes que padecen de esta influencia suenan a traducción; la parquedad coloquial del idioma inglés no tiene equivalente en el idioma español. Además, Hemingway narra las cosas sin rodeos, llama al pan pan, y al vino vino; pero se salva porque, aunque no es sensiblero, su estilo contiene una gran fuerza emocional; en cambio, el estilo directo de Carlos Fuentes se caracteriza así: de las percepciones elementales pasa a las concepciones abstractas y a las disertaciones filosóficas. No es raro, pues, que se le haga fácil eliminar a los personajes con unos cuantos tiros, y los olvide haciendo un solo y frío comentario.

Por otra parte, Joyce representa el virtuosismo literario, el ingenio intelectual, el juego de palabras que se justifica en sí mismo por su belleza. Carlos Fuentes a veces se muestra joyciano: adopta una puntuación caprichosa; en un muestrario filológico agota todas las posibilidades de la palabra "chingar" (pp. 144-145); trata de reproducir gráficamente las sensaciones por medio de la puntuación: la escena del baile en la que Lilia se emborracha; la incoherencia del delirio de Artemio Cruz, etcétera. Pero este alarde de habilidad técnica y de ingenio resulta inútil y contraproducente dentro del marco de la novela realista.

Una de las fallas principales de Carlos Fuentes es la actitud moralista que adopta frente a sus personajes; no siente simpatía por ellos, los juzga y los condena. El plutócrata Artemio Cruz es un villano de pies a cabeza; se nos muestran con lujo de detalles sus malas acciones, sus amoríos, su filosofía de cínico, y hasta el color de sus ojos; pero hay algo frío, intelectual en estas caricaturas. Los lectores no podemos sentir ni simpatía ni odio por Artemio Cruz; el autor no nos predispone a ello; algunas veces nos hace pensar, pero casi nunca nos induce a sentir emociones. Carlos Fuentes tiene conciencia del problema del maniqueísmo: no condena totalmente a Artemio Cruz, y al fin parece perdonarlo por un acto bueno del personaje. Pero esta solución no nos parece satisfactoria, y añoramos el respeto y la simpatía que los grandes escritores (como Faulkner y Dostoievski) sienten hasta por sus más malvados personajes.

Resumen: Creo que el porvenir de Carlos Fuentes está en el cuento; pero por su gran dedicación, por su inteligencia y su habilidad literaria, no sería raro que algún día nos ofreciera una gran novela.